COLOR HISTORIETAS · JORNADA · 2ª SECCION PARA NIÑOS

 Magazine Cómico de JORNADA en Multicolor · Febrero 6 de 1932











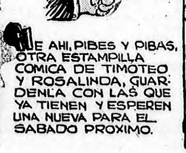
















por JIMMY MURPHY















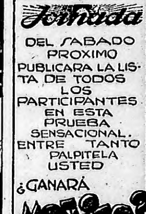












EL NIDO DE DOÑA URRACA

Estudiando la Sangre Humana

Se cuenta que con motivo de un asesinato, el juez de instrucción llevado de su celo, dió a un químico el encargo de averiguar si ciertas manchas de sangre pertenecían a un militar o a un civil.

Esto, que antes era una inocentada, ha dejado de serlo. Dos austriacos estudiaron el medio de distinguir la sangre de distintos individuos, y M. Florence acaba de comprobar sus resultados.

Se sabe que la sangre—tanto humana como de otro ser cualquiera—puede compararse, "groso modo", a una sopa en la que los glóbulos rojos serían la pasta o tapioca, y el suero el caldo. Pero los glóbulos rojos de un individuo determinado, después de aislados, reaccionan de diversa manera al adicionarle suero, aglutinándose o no, según de quien proceda el suero. Es decir, que no hay dos sangres completamente idénticas, y que unas no hacen buen consorcio con otras. De aquí, tal vez, la delicadeza de la transfusión.

Los resultados, si bien no son decisivos ni a veces constantas, son bastante animosos. Los glóbulos de algunos individuos no han podido aglutinarse con ningún suero, ni propio ni de otro; en otro caso, la aglutinación sólo la producía el suero de un sólo individuo, y finalmente algunos se aglutinaban con ciertos sueros, y con otros no.

Hay, sobre todo, un resultado constante de gran importancia: que el suero de un individuo nunca aglutina sus propios glóbulos.

La consecuencia es interesantísima para la medicina legal, pues permite, en todo caso, comprobar que cierta sangre no pertenece a un individuo determinado.

* * *

—¿Variable o versátil? Ya lo creo que lo es. Se trata de un hombre que, si fuese mueble, sería una de esas bibliotecas que, a la vez, son escritorios y que a la noche se convierten en camas.

* * *

El aire es siempre más caliente delante de un ciclón que detrás: además, delante es húmedo y detrás es seco.

* * *

Decía un glotón:

—Mi padre comía mucho en poco tiempo; pero mi madre estaba comiendo todo el día.

—¿Y usted? — le pregunta un amigo.

—Yo me parezco a los dos.

INDIRECTA AL VIEJO

—¿Quiere usted embarcarse conmigo para que naveguemos juntos por el mar de la vida?

—¿A vela?

—O a vapor...

—No digo que no. De todos modos con usted tardaré menos tiempo en arribar al fin de la jornada y el viaje será corto.

* * *

En el Jardín Zoológico de Londres hay un cuervo al cual fué preciso operarle de unas cataratas y, desde entonces, lleva puestas unas gafas, construídas especialmente para dicha ave.

* * *

En la exposición de pinturas:

—¡Mira, papá, qué cuadro más bonito —dice una joven—. Representa una boda... ¡Será un matrimonio de inclinación!

—No, hija mía, es de conveniencia. En el marco hay un letrero, que dice: "Vendido".

* * *

El hombre superior se echa de ver por la fuerza de su actividad, de una actividad incansable hija de la necesidad de ensanchar en todos sentidos su existencia, su fama y su imperio.—Mme. Guizot.

Cuándo se Inventó el Teléfono

El verdadero inventor del teléfono es, como nadie ignora, el estadounidense Graham Bell.

Pero muchos desconocen las circunstancias que dieron a conocer al público el invento de Graham Bell.

En uno de sus últimos números nos las revela el boletín de la Asociación de los abonados al teléfono.

Graham Bell había expuesto su aparato en la exposición del Centenario de Filadelfia sin que nadie se dignase otorgarle la menor atención. Durante semanas enteras vióse al pobre inventor triste y solitario sentado delante de la mesita que soportaba su maravilloso invento.

Los mismos individuos del jurado pasaron indiferentes por delante de este pequeño aparato llamado a trasmitir la palabra a enormes distancias.

Pero un día he aquí que la exposición recibe una imperial visita, la de D. Pedro, emperador del Brasil, acompañado de la emperatriz doña Teresa. El soberano había conocido a Graham Bell cuando éste explicaba un curso de física en un gran colegio del Brasil y al verle en la sala le reconoció y le estrechó afectuosamente la mano.

El inventor mostró al soberano su aparato, le explicó su funcionamiento y mientras el emperador se inclinaba sobre el receptor, Graham Bell le envió desde lejos algunas palabras.

Don Pedro entusiasmado y lleno de asombro, exclamó:

—¡Pero este aparato habla solo!

Esta frase del emperador atrajo la atención de los visitantes.

Los diarios dedicaron largos artículos al invento y poco tiempo después el teléfono era popular en Estados Unidos.

Vanitas Vanitatum

Sonó la campanilla de la puerta de la casa de doña Vanidades. Eran las ocho de la noche. Doña Vanidades dijo entonces, muy excitada, a su esposo:

—Carlos, ahí está el carro con el juego de sala de mil pesos que compraste esta mañana, pero yo le voy a decir al carrero que ahora no lo recibo.

—¿Por qué? — preguntó el esposo de doña Vanidades.

—¿Por qué? —exclamó ella. — ¿Crees tú que hemos comprado un juego de sala de mil pesos para que lo entren en casa a la noche sin que los vecinos lo vean? ¡Jamás!

* * *

El objeto de la educación es desarrollar en el individuo toda la perfección de que es susceptible.—Kant.

* * *

Un caballero pasea del brazo de su esposa. De pronto ve que un carrero apalea cruelmente a su caballo.

—¿Por qué le pega usted de ese modo criminal?

—¡Demonio! —contesta el carrero con mucha calma—. ¡Yo no tengo mujer!

* * *

La Isla de Cuba exporta cada año dos mil millones de cigarros, por término medio.

* * *

Se habla en una tertulia de café, de amores y galanteos y uno de los conversadores dice de pronto, señalando a un sujeto que pasa por la calle:

—¿Ven Vds. a ese hombre?

—Sí... ¿Qué?

—Detrás de él han ido miles de mujeres. ¡Me río yo de Don Juan!

—¿Pues quién es?

—¡Un maquinista de ferrocarril!

"Cuando Doña Urraca lleva a su nido cosas brillantes, agradables e inútiles, nos da una gran lección de periodismo. Nosotros la aprovechamos".

CURIOSA LA DOMESTICA



—¿Quien es?

—No ha dicho su nombre, pero es el señor ese alto y rubio del que la niña tiene seis retratos con dedicatorias dulces en su álbum.

* * *

Alemania ha emprendido la fabricación de dientes artificiales con papel viejo. Dícese que esos dientes conservan mejor el color y son menos frágiles que los de otros materiales.

Un Caso Raro

Un maestro acababa de dar una lección sobre "alimentos" cuando uno de los alumnos, de corta edad, levantó la mano.

—¿Qué deseaba? — preguntó el maestro.

Deseaba decirle, señor, que yo sé de una recién nacida que fué criada con leche de elefanta y que creció de un modo bárbaro, aumentando más de cinco kilos de peso por día.

—¡Eso es imposible! — exclamó el maestro riéndose. — A ver, dígame de quién era hija ese prodigio.

El alumno vaciló un instante y dijo luego:

—¿De quién era hija? ¡De la elefanta que está en el zoológico!

* * *

El agradecimiento y la ingratitud acompañan siempre a todo favor recibido; el uno le precede, la otra lo sigue. — Valtour.

* * *

—¿Otra vez tarde, Toribio?

—Es que, señor, me desperté un poco tarde y sólo me quedaban diez minutos para vestirme.

—¡Sepa usted que yo, a los cinco minutos de despertarme, ya estoy vestido!

—Sí, yo también podría hacerlo, pero es que yo me lavo.

* * *

Cuando, al ponerse el sol, el cielo está rojo es que siguiente día va a ser seco.

* * *

—Ya sé que tiene usted gran afición a la ópera.

—Nada de eso, señora.

—¿No? Pues me han ponderado mucho su entusiasmo por las producciones italianas.

—Y así es; adoro los tallarines.

Cómo se Anuncia en el Japón

Con el mismo afán con que los japoneses se asimilan los inventos y muchas de las instituciones europeas se han acogido también al sistema de anunciar. El aviso se extiende sobre las paredes de las fincas, inunda los diarios, persigue a los paseantes y se introduce en las casas. Pero, hay que convenir en que sólo ha tomado la forma, no el contenido. Este se manifiesta en multitud de ocurrencias poéticas y en caprichos de fantasía oriental.

A fin de atraer clientes acuden los japoneses a las comparaciones y metáforas más atractivas, resultando a menudo combinaciones que nos parecen cómicas.

Hay avisos en que se promete que "las mercancías" se entregan con la rapidez de un proyectil". El dueño de un bazar de papelería asegura a sus clientes: "Nuestro papel ofrece la duración de una piel de elefante". Un fabricante de vinagre anuncia que su producto, calidad extra, "es agrio como la hiel de una mala suegra". Un comerciante en artículos de moda invita al público a visitar su establecimiento con las siguientes frases seductoras: "Entre usted en mi establecimiento. Mis empleados son amables como un padre que trata de casar a sus hijas sin dote. Siempre será usted recibido como un rayo de sol que brilla después de una lluvia fecundante".

Por esas muestras se comprende que con el florido lenguaje asiático se ha creado en el Japón un estilo de avisos que en atrevimiento y originalidad no queda atrás de la "reclame" estadounidense, sin que, empero en nada se le parezca.

EN LA SOIREE



—Usted, Pepito, baila como los mismos ángeles.

—¡Qué aduladora es usted! ¿Por qué me lo dice?

—Precisamente porque los ángeles no saben bailar.

* * *

El país en que hay más insectos de los llamados saltamontes es una aldea del valle del Rhin, llamada Zurkeim. Se los encuentra en los campos, algunas noches, en capas de 25 a 30 centímetros de espesor.

* * *

La esposa. — ¿Cómo es que vienes tan tarde?

El esposo. — Me encontré con el señor Camerino.

La esposa. — Esa no es una razón.

El esposo.—Sí, le pregunté: ¿cómo te va? y el latoso no me dejó que me separara de él hasta que me lo hizo saber con todos los detalles del caso.

* * *

La patria es la madre común, la unidad en la cual se compenetran y confunden todas las individualidades aisladas, el nombre sagrado y expresivo de la fusión voluntaria de todos los intereses en un solo interés, de todas las vidas en una sola vida perpetuamente durable. — Lamennais.

Los Perros Delincuentes

El otro día en Berlín, a la hora del almuerzo, un señor de cierta edad, se encaminaba tranquilamente a su casa cuando de pronto un enorme perro que venía corriendo en dirección contraria se le enredó entre las piernas y le hizo caer al suelo.

Un señor muy elegante se acercó apresuradamente al caído, y al mismo tiempo que le ayudaba solícito a levantarse, palpándole aquí y allá para asegurarse que no había sufrido ningún daño, se deshizo en excusas, pues era suyo el perro que ocasionó el accidente.

Tan sólo cuando el perro y su propietario hubieron desaparecido, el señor de cierta edad advirtió que había desaparecido igualmente su magnífico reloj de oro y una cartera, en la que guardaba algunos billetes de banco.

La revista inglesa *Answers* recuerda el siguiente hecho acaecido el año pasado en una joyería de Budapest:

Un individuo vestido con irreprochable elegancia, examinaba en presencia del joyero una magnífica pareja de brillantes, valorados en 10.000 marcos cada uno.

El dueño de la joyería colocó las alhajas sobre un banco y se quedó a discutir su precio con el caballero elegante. Un momento después, las piedras preciosas habían desaparecido sin que ninguno de los dos individuos se hubiese acercado a ellas. El joyero avisó inmediatamente a la policía, y ésta practicó en la tienda un detenido reconocimiento, que dió por resultado el descubrir a un perrillo echado debajo del banco. Precioso era suponer que el animalito se había tragado las alhajas.

El perro fué envenenado, y en su estómago se encontraron, efectivamente los brillantes aparecidos.

* * *

En el mercado:

—Le dejo a usted este pollo en cuatro pesos.

El comprador, retirándose:

—Yo también.

* * *

Existe en Atenas un olivo que tiene dos mil años.

* * *

En un juzgado:

El juez (interrogando al detenido).

—...¿Estado?

El acusado. — Así, así, señor presidente; estoy un poco febril, pero creo que no será nada... De todos modos, muchas gracias por su interés.

El indio piel roja no está solo

El terrible guerrero Pluma Verde, de la tribu de los comanches, cabalga por la vasta extensión de campo, en busca de sus siete hermanos, deseoso de unirse a ellos para fumar tranquilamente, el "calumet" de la paz. Pero no los distingue



por parte alguna. Sin embargo, si usted se fija bien en el dibujo, mirándolo en distintos sentidos, no tardará en encontrar escondidos, a los siete pieles rojas, hermanos del valeroso guerrero Pluma Verde.

Palabras de Oro de Los Que ya no Existen

EL HOMBRE Y LA MUJER

De Víctor Hugo

El hombre es la más elevada de las criaturas. La mujer el más sublime de los ideales. Dios hizo para el hombre un trono; para la mujer un altar. El trono exalta y el altar santifica.

El hombre es el cerebro; la mujer el corazón. El cerebro fabrica la luz, el corazón produce el amor. La luz fecunda, el amor resucita.

El hombre es genio; la mujer es ángel. El genio es inmensurable; el ángel es indefinible. Se contempla lo infinito, se admira lo inefable.

La aspiración del hombre es la suprema gloria; la aspiración de la mujer es la virtud extrema. La gloria hace lo grande, la virtud hace lo divino.

El hombre tiene la supremacía; la mujer la preferencia. La supremacía significa la fuerza, la preferencia representa el derecho.

El hombre es fuerte por la razón; la mujer es invencible por las lágrimas. La razón convence; las lágrimas conmueven.

El hombre es capaz de todos los heroísmos; la mujer de todos los martirios. El heroísmo ennoblece, el martirio corrige, el evangelio perfecciona.

El hombre es un templo; la mujer es el sagrario. Ante el templo nos descubrimos, ante el sagrario nos arrodillamos.

El hombre piensa; la mujer sueña. Pensar es tener en el cráneo una larva, soñar es tener en la frente una aureola.

El hombre es el océano; la mujer es el lago. El océano tiene la perla que adorna, el lago la poesía que deslumbra.

El hombre es el águila que vuela; la mujer el ruiseñor que canta. Volar es dominar el espacio, cantar es conquistar el alma.

El hombre tiene un fanal: la conciencia; la mujer una estrella: la esperanza. El fanal guía, la esperanza salva.

En fin: el hombre está colocado donde termina la tierra; la mujer donde comienza el cielo.

LA INSTRUCCION

De Emilio Castelar

Cada niño que dotamos de enseñanza nos hace ganar un hombre. De cada 100 ladrones 80 no han ido a la escuela, no saben leer y firman con una cruz debajo del escrito.

La ignorancia engendra el crimen; la ignorancia es la obscuridad donde comienza el abismo, en que se arrastra la razón, en que la honradez perece.

Todo hombre que abre un libro encuentra en él las alas y puede cernirse en las alturas, en las que el alma se mueve con la libertad.

La escuela es santuario como la capilla.

El alfabeto que el niño deletrea contiene una virtud debajo de cada letra, cuyo tenue fulgor ilumina suavemente el corazón.

Dad al niño libros adecuados. Caminad delante de él con la lámpara en la mano para que pueda seguiros.

La ignorancia produce el atentado.

La falta de enseñanza lanza en el Estado hombres animales, cerebros incompletos, instintos fatales, ciegos terribles, que caminan a tientas por el mundo moral. Iluminar los espíritus es nuestro primer deber; hagamos que el cerebro más vil se convierta en luz.

Debemos cultivar las inteligencias, el germen tiene derecho a ser fruto y el que no piensa no vive.

Comprendamos al fin que la escuela convierte el cobre en oro y la ignorancia transforma el oro en plomo.

LA RACION DE LAS FIERAS

De León Tolstoy

El ejército victorioso del león acampó en un arenal y el jefe dispuso que se distribuyesen los víveres con equidad hasta donde alcanzasen.

El zorro, como intendente del ejército, hizo el reparto y en un instante se oyeron en el campamento rugidos de placer.

—Parece que el ejército está contento, dijo el león relamiéndose los labios.

En aquel momento llegaron a sus oídos balidos lastimeros y dolientes.

—¡Eh! ¿Qué es eso? Alguien se queja.

—Es que los corderos tienen hambre.

—¡Cómo! ¿No les ha alcanzado nada?

—Señor, las fieras son tan exigentes, necesitan comer tanto... que no han llegado las provisiones a los tímidos.

—Di a los corderos que perdonen esta vez y haz que se alimenten de promesas...

—No me creerán...

—Hay que contentarlos y callarlos de algún modo, y hay que hacer algo para que crean que no están olvidados.

—Señor, nada se me ocurre...

—Pues diles que al primero que se queje me lo como.

EL HALCON Y EL GALLO

Un halcón se familiarizó tanto con su dueño que tan pronto como éste le llamaba acudía, colocándose encima de los hombros.

En cambio un gallo, propiedad del mismo amo, huía de él apenas le veía acercarse.

Cierto día el halcón le dijo al gallo:

—Vosotros los gallos no sóis agradecidos; pertenecéis a una raza servil y sólo os acercáis a vuestros dueños por el hambre. ¡Cuán diferentes sóis de nosotros, aves salvajes! Somos fuertes, nuestro vuelo es más raudo que el vuestro y, no obstante, no huimos de los hombres; al contrario, nos posamos en sus manos cuando nos llaman; nos acordamos siempre de que a ellos les debemos el alimento que nos dan.

A lo cual el gallo replicó:

—No huís de los hombres, porque jamás habéis visto un halcón asado, mientras que nosotros vemos continuamente gallos en la cazuela.

◇ ◇ ◇ ◇ ◇ ◇ ◇ ◇

Un caballero dice a una coqueta:

—La creo a usted capaz de casarse hasta con un idiota.

—¿Es eso una proposición que usted me hace?

* * *

Una barra de acero que valga 25 francos, vale transformada en resortes para reloj, nada menos que 125.000 francos.

* * *

Perros Azules

Entre los tres mil quinientos perros de diversas razas que se exhibieron el año pasado en una exposición canina, celebrada en Londres, figuraban dos bulldogs azules, de extraordinario valor, por ser los únicos de su especie que se conocen.

Son hijos de una pareja de bulldogs franceses, atigrados y su color es debido sencillamente a un capricho de la naturaleza.

El mayor nació hace año y medio y el menor hace diez meses. Aparte del color, tienen el aspecto de los bulldogs franceses ordinarios, con una talla de veinte centímetros, y las orejas de la forma de las de murciélago. El más pequeño de los dos perros está tasado en cinco mil duros, y el otro, el mayor, en mil ochocientos.

Un hombre vagabundo es un pícaro en embrión. Semejante a esos licores que se corrompen cuando no se les menea y hasta corroen la botella que los contiene, es preciso o echarlos fuera sin pérdida de tiempo, o hacerles fermentar de nuevo.—Servan.

* * *

En un juzgado:

—Acusado, ¿es usted casado?

—No, señor.

—Me alegro, por la que hubiera podido ser su mujer de usted.

* * *

Los vidrios de ventana empezaron a usarse en el año 1557. Ahora, sólo en Inglaterra, hay en uso 4.000.000 de metros cuadrados de esos vidrios.

* * *

Entre patrona y criada:

—Tenga usted cuidado, que el niño está comiendo toda la pintura de ese juguete.

—No importa, señora, ha costado muy barato.

* * *

—¿Sabes que ha muerto don Bilis, el crítico?

—¿Sí? ¿Y de qué ha muerto?

—Envenenado. Se pinchó con la pluma.

MUJERES CALLADAS

—A mí me gusta ir a la iglesia a la hora del sermón.

—¿Por qué?

—Porque me complace ver como un hombre habla mientras callan muchas mujeres.

* * *

En Edimburgo se ha publicado recientemente una noticia demostrando que la mayor parte de los pescadores que se ahogan deben esta desgracia a la costumbre de llevar grandes botas.

* * *

Un individuo muy enamorado de una señora, acobardado ante ella, pronuncia algunas palabras incoherentes. Pero reconociendo su torpeza, añade:

—Reconozco, señora, que estoy en ridículo.

—Lo que está usted es enamorado.

—Viene a ser lo mismo, señora.

* * *

¡Caridad!... He aquí todo el cristianismo. — Bossuet.

* * *

La primera vez que Inglaterra fué designada con el nombre de "pérfida Albion" fué en el calendario republicano, publicado en París el 5 de octubre de 1793.

Dos cosas constituyen al poeta y al artista, saber elevarse a mayor altura de la realidad y permanecer dentro de los límites de la perfección física. Aquéllo es artístico que concilia estas dos condiciones. — Goethe.

* * *

Entre amigos:

—¿Tu suegra viene a verte con frecuencia?

—Dos veces al año.

—¡Dichoso tú!

—Es que cada vez se está seis meses en casa.

* * *

Después del Diluvio, la lluvia que ha durado más tiempo es la que cayó en Francia y duró desde el 23 de marzo hasta el 17 de abril de 1673.

* * *

En una tienda:

—Quiero comprar los pañuelos más finos que tengan ustedes.

—Lleve usted estos, señora, no los hay mejores. Cuando usted los use le parecerá que se suena con los dedos.

* * *

Entre marido y mujer:

—Dime, bandido, ¿de dónde vienes a estas horas de la madrugada?

—Te juro que no es verdad.

—¡Pero qué pantalones tan raros lleva su hijo, señora!

—Se los he hecho con el paño de billar de una confitería. Mi espuso lo rompió, tuvo que pagarlo, y lo trajo a casa.

* * *

El diámetro del sol disminuye a razón de cinco millas por siglo. Su diámetro actual es de 860.000 millas.

* * *

Atribulado

El tren se paró en la estación y un hombre, sin sombrero, entró en uno de los compartimentos para fumadores:

—¿Tiene alguno de ustedes un poco de whisky? — preguntó con voz entrecortada.—Hay una señora desmayada en los otros coches — añadió.

Varios viajeros le ofrecieron sus cantimploras.

—Gracias — dijo él tomando un largo trago. — Si supieran ustedes cómo me emociona siempre el ver a una mujer desmayada!

Y se fué.

* * *

—Quisiera un perrito — dice una señora a un vendedor de perros.

—¿Blanco o gris?

—Negro; estoy de luto.

¿Dónde están los que se ríen?

El bufón Rigoletto llegó a caballo y vió al perrito Pichicho junto a la puerta del castillo. "¡Hola, perrito! —le dijo—. ¿Estás solo? ¿No hay nadie a quien hacer reír, por estos lados?" El perro no contestó, pero si usted, amable lector, se



toma la molestia de mirar bien el dibujo, en varios sentidos, notará la presencia de siete personas, que están mostrando la cara y que se están riendo, seguramente al ver llegar al castillo al gracioso bufón Rigoletto

Se conocen más de cincuenta especies de peces que poseen órganos eléctricos, siendo el Nilo el río más rico en esta clase de peces. Los peces eléctricos más conocidos son: el Torpedo, el Gymnotus y el Malapterurus.

* * *

Entre madre e hijo:

—¿Qué has estado haciendo, hijo mío?

—Jugando al cartero y repartiendo cartas de casa en casa.

—Eran cartas viejas que tenías atadas con una cinta y escondidas en tu armario.

* * *

Según las más recientes estadísticas en Francia, seiscientos mil jóvenes, de los cuales doscientos mil del sexo femenino, entran cada año en el taller en seguida de salir de la escuela primaria.

* * *

En el campo:

Una señora dice a su marido:

—¿Pero es verdad que tratas de bajar a lo más hondo de ese pozo?

—Sí.

—Pues mira, por lo que pudiera suceder, dame la cartera y la plata.

* * *

La mayor parte de los que consultan algo, no lo hacen tanto para deferir a la opinión del consultado, como para robustecer la suya propia, si ambas concuerdan.—J. Petit Senn.

Al Morir

Danton murió con entereza. Al ir a ser guillotinado, dijo altivamente al ejecutor de la justicia:

—Muestra mi cabeza a esos estúpidos. Bien lo merece.

Casi lo mismo dijo Monroy, el convencional que no había pronunciado una palabra durante su proceso ni se dignó responder a las preguntas de los jueces de Luis XVIII. Antes de poner la cabeza en el tajo, miró a la multitud y exclamó:

—¡Estúpidos!

* * *

—Señor: aquí le traigo mi última obra para que la lea.

—¡Si es la última, venga!

* * *

Reconozco a Dios por sus obras, ni más ni menos que por las caricias de una mujer reconocería a mi madre. — De Gerando.

MOZO NUEVO



El hotelero. — ¿Así que usted pretende una plaza al encargado de los dormitorios? ¿Entiende usted de eso?

El mozo. — Sí, señor; he estado dos años en los Ferrocarriles del Estado a cargo de la sección durmientes.

Quién Gobierna

Temístocles, el célebre general ateniense, decía, refiriéndose a un hijo suyo que abusaba de la debilidad materna.

—Este niño que aquí veis, gobierna a Grecia.

—¿Cómo es eso? — le preguntaron.

—Muy sencillo; porque él gobierna a su madre, su madre me gobierna a mí, yo gobierno a los atenienses y éstos a los griegos.

* * *

En una consulta médica dice el paciente:

—¿Pero hay peligro de que me quede en la operación que usted me propone?

—No se preocupe usted de eso. Si así fuera, no tendría usted que pagarme nada. Me pagarían sus herederos.

CALLEJON SIN SALIDA



—Yo no creo en la medicina que me ha recetado el médico, pero la voy a tomar.

—¿Por qué?

—Porque, mire: si la tomo se que me voy a poner peor, pero si no la tomo, mi mujer se va a enojar, me va a gritar y me voy a poner peor todavía; así que opto por lo primero.

En la ciudad de Cleveland (Estados Unidos); vigilan constantemente en calles, teatros, cafés y otros sitios públicos, más de 1.000 agentes cuya misión consiste en impedir que se escupa fuera de los recipientes higiénicos destinados al efecto.

* * *

Entre beatas:

—¿Va usted al concierto de esta noche, doña Mónica?

—Yo no voy a ninguna fiesta profana.

—Pero si esa es una función religiosa. Se trata de la "Novena" sinfonía de Beethoven.

* * *

Debido a la escasez de agua que hay en Gibraltar, los soldados de la guarnición inglesa beben ahora el rocío que cae por la noche, que se recoge en tanques especiales y se clasifica y purifica luego.

* * *

Una señora se presenta en casa de otra para pedir informes de una sirvienta.

Después de lo corriente en estos casos le pregunta:

—Diga usted. ¿es callada?

—¡Como la tumba! Es capaz de rompérle a usted toda la loza y no decirle una palabra.

* * *

No hay cosa más veloz que la calumnia; nada que se nos escape más fácilmente, nada que se acepte mejor, y nada que se extienda más sobre la faz de la tierra. — Cicerón.

¿Cuánto Vale el Cuerpo de un Hombre?

El cuerpo de un hombre, de un peso medio de 75 kilos, contiene agua suficiente para llenar un recipiente de 40 litros, suficiente grasa para hacer siete panes de jabón, bastante carbón para fabricar 9.000 lápices, fósforo bastante para 2.200 cabezas de fósforos, magnesia para una dosis purgante, hierro para hacer un clavo, cal como para pintar un gallinero y azufre en cantidad suficiente para librar de pulgas a un perro. Este balance de las condiciones químicas del cuerpo humano lo ha hecho, hace poco, en una conferencia, el doctor inglés T. E. Lawson.

A los precios corrientes, todas esas materias podrían ser adquiridas por poco menos de cinco pesos de nuestra moneda nacional. Ese es, pues, el valor verdadero de un cuerpo humano, ya sea el de alguna notabilidad como Einstein, ya el del palurdo más incorregible.

—Papá, hoy he ganado dinero por primera vez en mi vida.

—¡Muy bien, hijo mío! Y ¿cómo ha sido eso?

—Perdí una apuesta.

—¿Perdiste una apuesta?

—Sí, papá, y me negué a pagarla.

La sacarina tiene un poder edulcorante cuatrocientas veces mayor que el del azúcar de caña o de remolacha. En cambio no posee principios nutritivos de ninguna especie y puede en ciertas condiciones, perturbar las funciones digestivas.

—¿De modo, señora, que no hay medio de encontrarla a usted en su casa?

—No; estoy ocupadísima. Desde que me han nombrado presidenta de la Sociedad La Mujer y el Hogar, no paro un momento en mi casa.

La Mujer Ideal Según los Sabios Japoneses

Los nipones expresan su filosofía en máximas, casi siempre muy curiosas, por el contraste que ofrecen con la manera de pensar generalizada entre nosotros.

"La mujer realmente ideal, dicen los sabios japoneses, ha de ser:

1o. Aquella que baja los ojos y se tiñe las mejillas de púrpura, como los arces de otoño, cuando los hombres le dirigen la palabra.

2o. La que nunca, en ninguna forma, contradice a sus padres, hermanos, parientes y amigos.

3o. La que, sin ser hermosa, tiene un no se qué que la hace encantadora y arranca suspiros de quienes la contemplan.

4o. La que no cuelga su saber de las narices para exhibirlo.

5o. La que nunca deja ver su ira y cuando ríe, no lo hace a carcajadas.

6o. La que tiene menor cantidad de vanidad y el espíritu limpio.

7o. La que no derrama a cada paso abundantes lágrimas.

8o. La que es poco celosa y desconfiada.

9o. La que tiene el rostro celoso y ovalado, de perfil correcto, contorno pleno y miradas que derraman amorosa ternura.

10. La que se viste sin petulancia.

11. La que no pronuncia más de cien palabras por minuto.

12. La que no emplea las horas en arreglarse el peinado.

13. La que prefiere su casa a la calle."















LOS LIOS DE DEDALITO Y SPAGUETTI por SEGAR











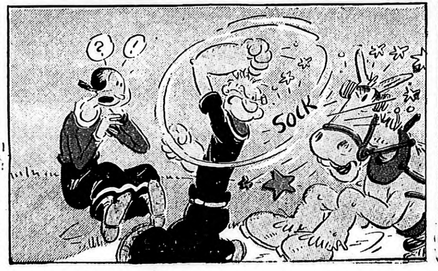














EL SECRETO DEL POZO VIEJO

OH, mamá! — dijo Betty, al sentarse a la mesa para desayunarse—. Boby y yo quisiéramos ir a ver a la pobre abuelita Smith.

—Sí —añadió Boby—. Juan Ford nos dijo ayer que la anciana se ha empobrecido otra vez, y que ha estado en cama, enferma.

—Vayan, hijos míos —dijo la mamá—. La abuelita Smith sentirá alegría al verlos a ustedes. Mientras terminan el desayuno voy a prepararles algunas cosas para que se las lleven.

Fué así como, cuando los niños terminaron el desayuno salieron de su casa, llevando un canasto y en dirección a la casita en que habitaba abuelita Smith.

—¡Pobre abuelita! —dijo Boby, mientras iban caminando—. Debe ser muy triste vivir enteramente sola, como vive ella. A mí no me gustaría.

—Ni a mí tampoco —manifestó Betty —. La abuelita Smith debía ser rica, puesto que el hermano le dejó la casita y un arca llena de dinero; pero esta última nunca ha podido ser encontrada.

—¿Dónde la habrán escondido? —preguntó Boby en el momento mismo en que llegaron frente a la puerta de la casita—. Me gustaría encontrarla para poder dársela a la abuelita.

—¡Ojalá pudiéramos! —murmuró a su vez Betty, mientras llamaba a la puerta.

Los niños encontraron a la viejita sentada en un sillón, rodeada de almohadones. Estaba pálida y su gesto era el de una persona cansada, pero cuando vió entrar a los dos hermanitos les sonrió con agradecimiento.

—¿Qué tal, abuelita? ¿Cómo se encuentra? —preguntó Boby, cariñosamente.

—No muy bien, hijo mío, —contestó la anciana. He estado algunos días en cama, pero ahora ya estoy mejor y puedo estar sentada.

Después de hablar así, la abuelita agradeció a los niños su bondad al visitarla.

Betty, que había estado revisando la habitación con la mirada, comprendió que la señora aun no se había desayunado.

—Vamos a prepararle algo, —dijo la niña—. En un momentito puedo hacerlo.

—Es mucha bondad de tu parte, Betty, —dijo la abuelita Smith—. Tomaré con gusto una taza de te, si me la preparas.

—Anda, Boby, vamos a buscar un poco de agua al pozo viejo que está afuera, —ordenó Betty a su hermanito—. Mientras el agua hierve pondremos la mesa.

Los niños salieron al patio y fueron hasta el fondo del jardín.

El balde colgaba del gancho, Betty lo quiso tomar pero con tan mala suerte que se le escapó de las manos y fué a parar a las profundidades del pozo, golpeando contra las paredes. La niña se quedó asustada ante lo que había hecho.

—¡Oh, Betty, qué descuidada! ¡Nos hemos quedado sin balde! —exclamó Boby.

Los niños miraron hacia el fondo del pozo. De pronto Boby, tomando a su hermanita por el brazo, le señaló una de las paredes.

—¡Mirá! ¿Qué es eso, Betty? —preguntó, presa de gran agitación—. El balde al golpear ha hecho un agujero en la pared.

—¡Es cierto! ¿Y qué es lo que asoma? Me parece que es una caja, Boby.

—Sí, tienes razón, —murmuró el niño—. Voy a bajar por la cuerda que sostenía el balde para alcanzar lo que sea.

—¡Oh, no hagas eso, Boby! —dijo Betty, sujetándolo—. Es muy peligroso.

—No es fácil, pero puedo apoyarme en la pared y me sostendré con una mano de la cuerda.

Betty ayudó a su hermano a deslizarse por la soga. El muchachito alcanzó después de algunos esfuerzos a tomar una manija que salía de uno de los costados de la caja y aunque con dificultad consiguió sacarla fuera del pozo.

—Creí que no lo conseguirías, —dijo Betty nerviosamente.

—Vamos a llevársela a abuelita Smith para que ella averigüe qué contiene, —dijo Boby.

—¡Mire lo que hemos encontrado! —dijeron a dúo los niños, entrando precipitadamente en la habitación.

La anciana vió de inmediato la caja que llevaban entre ambos. La vista de ella le cortó el aliento.

—¡El tesoro de mi hermano! —gritó cuando Boby abrió la caja y asomaron algunas monedas de oro—. ¿Dónde la encontraron?

Los niños le explicaron lo que había pasado.

Abuelita Smith volvió de nuevo a ser rica, y desde entonces tuvo una alegre sonrisa que prodigar a cuantos la visitaban. Pero nunca fué tan alegre como cuando iban a visitarla Betty y Boby.

Y éste, siempre que se encontraba a su lado, no podía menos que decir:

—¡Qué suerte fué que Betty dejara caer el balde al pozo!

El Príncipe Demasiado Alegre

EL simpático príncipe Alegría era el príncipe de mejor carácter que haya existido, no sabía lo que significaba estar serio y por eso, cuando el poderoso mago, Zobersides, que había sido llamado al palacio, se sentó descuidadamente sobre su propio sombrero puntiagudo, el príncipe, sin poder contenerse, soltó la carcajada.

El mago enrojeció de enojo, y exclamó:

—¡Canta y baila desde la mañana hasta la noche! ¡Ríe mal y ríe sin cesar! ¡Fi, fo fi, fum! ¡Que tu alegría vaya tan lejos como desde donde ha venido!

Dicho eso, el mago agitó su varita y desapareció

Desde ese momento, el príncipe no pudo dominar su alegría. Saltaba cantando, de un lado a otro, con gran alarma de parte del rey, de la reina y de la encantadora princesa Clarodeluna, que iba a casarse con él al día siguiente.

El príncipe cantaba:

—¡Tra la la, mírenme! ¡Tra la li, no puedo estar triste!, y bailaba en torno del salón, acompañado de su propio canto.

— ¡ Deténganlo ! — exclamó la reina desesperada.

—¡Por favor, háganlo que se quede quieto! — gritó, a su vez, la princesa Clarodeluna. Pero el príncipe la tomó entre sus brazos y comenzó a danzar con ella, llevándola de un extremo a otro de la habitación, mientras cantaba:

—¡Oh, la, la, qué lindos somos! ¡Baila conmigo que estoy lleno de alegría!

Con tristeza, la princesa se separó de su lado.

—Detengan todos los preparativos de boda — dijo. — Yo no puedo casarme con un príncipe que es demasiado alegre.

—¡No comprendes lo que pasa! — dijo el rey, dirigiéndose al príncipe Alegría y sacudiéndolo por los hombres. — ¡Vas a perder tu novia!

Pero el príncipe con un movimiento brusco se separó de su padre, el rey, y empezó nuevamente su baile cantando



al mismo tiempo con extraña entonación:

—¡Soy alegre aquí y allá! ¡Nunca estuve tan algre como ahora! ¡Yo canto acostado o de pie! ¡Y bailo en la mesa, en la silla, en la cama!

—¡Hay que detenerlo!—gruñó el rey sacudiendo el cetro lleno de ira. — ¡Abandona el palacio y no te atrevas a volver hasta que la alegría haya cesado por completo en ti!

Pero el príncipe comenzó otra vez:

—¡Río cuando estoy dentro y río cuando estoy afuera! Siempre tengo la sonrisa en los labios!

—¡Echenlo fuera — ordenó el rey. Todavía saltando y cantando el príncipe Alegría fué sacado del palacio y conducido a un bosque sombrío.

Pasados tres días, durante los cuales el príncipe no había dejado de cantar y bailar, a pesar de que nadie le había dado de comer y de que en el bosque hacía mucho frío, la princesa Clarodeluna, enterada de esto, se dirigió a su propio palacio declarando que rompía su compromiso con él.

En el palacio del príncipe Alegría todo estaba triste. Los moradores lo echaban de menos y el rey ofreció su mejor mina de oro a quien pudiera romper el encanto.

Muchos se ofrecieron llegando de cerca y de lejos, atraídos por el premio, pero ninguno pudo hacer nada, y el pobre príncipe, entre tanto, continuaba cantando y saltando, poniéndose pálido y débil.

Un día, la encantadora hija de uno de los guardabosques, pasó por el lugar donde se hallaba el príncipe y comprendiendo que estaba desfalleciente a pesar de que cantaba y bailaba, corrió a su casa en busca de un pastel de manzanas que acaba de preparar para su padre y lo puso en manos del príncipe Alegría.

Las lágrimas caían de los ojos azules del joven cuando entre sollozos cantaba:

—¡Mi corazón está partido aunque estoy contento! ¡Nadie me dice una palabra bondadosa, porque estoy alegre! ¡He pagado demasiado cara mi falta! ¡Te ruego que no te ofendas pero estoy obligado a estar alegre!

—No me fijo en que usted esté tan alegre, querido príncipe — dijo la jovencita. — Coma esto, que mañana sin falta, le traeré algo más.

Pero cuando regresó a su casa, un pajarito al que ella había salvado por la mañana cuando lo halló medio muerto de frío, le murmuró en el oído:

—Si el príncipe quiere dejar de estar alegre debe pronunciar esta palabra: "Nizispurra".

Agradeciendo su indicación al pajarito, la joven volvió apresuradamente a ver al príncipe, y le dijo la mágica palabra.

El príncipe la pronunció en medio de su canto, y en el acto se quedó enteramente serio.

—Has roto el encanto — dijo agradecido. — Serás mi esposa. Te amo más que a la princesa Clarodeluna, que me abandonó a mi suerte.

La condujo al palacio, donde fueron recibidos con grandes muestras de regocijo.

El rey consintió en su matrimonio; ellos se casaron y fueron muy felices.

EL CABALLO PRODIGIOSO

VIVIA muy lejos de aquí, y hace mucho tiempo, una reina anciana, que era viuda desde hacía muchos años y que tenía una hija hermosísima.

Cuando ésta llegó a los diez años, la prometieron a un príncipe de un país muy lejano.

Llegada la época en que debían celebrarse las bodas y cuando la joven se disponía a marchar a lejanas tierras, la buena anciana llenó sus baúles de objetos preciosos de oro y de plata, de ropas y de joyas; en fin, de todo lo que convenía para un regio dote, porque amaba a su hija de todo corazón.

También le dió una doncella que debía acompañarla hasta entregarla en manos del que había de ser su esposo.

A cada una le dieron un caballo para el viaje; pero el de la princesa tenía un mérito muy grande y es que sabía hablar. Respondía al nombre de Alazor.

Llegada la hora de la despedida, la anciana madre entró en su dormitorio y cogiendo un cortaplumas se hirió en un dedo que sangró y luego dejó caer tres gotas sobre un pedacito de lienzo blanco y, dándoselo a la hija, le dijo:

—Hija mía, guarda bien este recuerdo; te hará falta en el camino.

Se despidieron derramando lágrimas; el lienzo se lo metió la princesa en el pecho, se subió al caballo y se marchó.

Al cabo de una hora de marcha sintió sed y dijo a su doncella:

—Bájate y sácame agua del arroyo con la copa de oro que has traído para mí; quisiera beber agua.

—Si tiene usted sed — dijo la doncella — baje por si misma al arroyo y beba; yo no quiero ser criada de usted.

Entonces la princesa, como tenía sed, se bajó del caballo y arrodillándose a la orilla se inclinó sobre el agua y bebió, porque la doncella no le dejaba beber en la copa de oro.

Y la princesa dijo apenadísima:

—¡Dios mío, quién podía esperar semejante insolencia de esa criada!

Y las tres gotas de sangre contestaron:

—Si tu madre supiera esto, el corazón se le partiría.

Pero la real prometida era humilde y sin decir una palabra subió otra vez al caballo.

Así siguieron caminando unas cuantas leguas; pero era un día de mucho calor, el sol quemaba, y pronto volvió a tener sed. Y como pasaron precisamente por un río, dijo otra vez a su doncella:

—Bájate y dame de beber en mi copa de oro.

(Ya se le había olvidado la mala contestación que antes le había dado).

La doncella contestó aún con más soberbia:

—Si quiere usted beber, haga lo que antes; yo no quiero tomarme molestias por nadie.

Muerta de sed la princesa bajó del caballo e inclinándose sobre el agua, lloraba y decía:

—¡Dios mío, qué manera de tratarme!

Y las gotas de sangre contestaron de nuevo:

—Si tu madre supiera esto, el corazón se le partiría de dolor.

Y mientras bebía se inclinó y se le cayó el trapito con las tres gotas del seno y el agua se lo llevó sin que ella, en su miedo, lo notara.

Pero la doncella lo había visto, lo cogió; se alegraba de tener poder sobre la prometida, porque como había perdido las gotas de sangre, era débil.

Cuando la princesa quiso subirse a su caballo, llamado Alazor, dijo la doncella:

Alazor será mi cabalgadura y tú montarás mi jumento.

Y la princesa no tuvo más remedio que obedecerla.

Luego la doncella mandó que se quitase los vestidos regios y se pusiera los suyos, y, por último, la hizo jurar que en la corte no diría nada a nadie; y de no haber hecho ese juramento la hubiera matado.

Pero Alazor lo había visto todo y no se le escapaba nada de lo que pasaba.

La doncella montó sobre Alazor y la verdadera prometida sobre el asno y continuaron el camino hasta que por fin llegaron al palacio real.

En el palacio produjo inmensa alegría su llegada y el príncipe, corriendo a su encuentro ayudó a la doncella a bajarse del caballo, creyendo que era su prometida, porque era muy guapa, aunque no tanto como la princesa y le hicieron subir la escalera, mientras que a la verdadera princesa la dejaron en el patio.

Entonces el viejo rey, mirando por la ventana, la vió en el patio y como era tan delicada y hermosa entró en el aposento regio y preguntó a la novia quién era la que había venido acompañándola y que estaba abajo en el patio.

—La he traído para que me acompañe; dadle algo que hacer a esa criada para que no esté holgazaneando.

Pero el anciano rey no tenía trabajo para ella y dijo:

—Tengo un muchachito que me guarda los gansos; que le ayude.

Y la verdadera prometida tuvo que ayudar a guardar los gansos al muchacho, llamado Ernesto.

Poco después se celebraron las bodas de la doncella y el príncipe y la doncella dijo a su marido:

—Querido esposo, te ruego que me hagas un favor.

El respondió:

—Te haré cuanto me pidas.

—Entonces, manda cortar la cabeza al caballo que me ha traído, porque me ha dado muchos disgustos en el camino.

Y esto lo pedía porque tenía miedo de que el caballo hablara y dijera lo que ella había hecho con la princesa.

Quedó, pues, decidido que matarían a Alazor; pero esto llegó a noticias de la verdadera princesa, que en secreto prometió una moneda al verdugo, si éste le hacía un favor.

En la población había una puerta muy grande y sombría por donde ella tenía que pasar con sus gansos por la mañana y por la noche; debajo de esta puerta sombría le dijo que clavase la cabeza de Alazor, para que la pudiera ver todos los días.

El verdugo dió palabra de hacerlo; cortó la cabeza al caballo y la clavó debajo de la puerta sombría.

Por la mañana temprano la princesa, al pasar con Ernesto por debajo de la puerta, dijo:

—¡Oh, Alazor, que aquí estás colgado, qué triste suerte la tuya y la mía!

Y la cabeza contestó:

—¡Oh, princesa, si tu madre supiera esto, se le partiría el corazón de pena!

Entonces salió tranquilamente de la ciudad y fueron a guardar los gansos al campo.

Llegados al prado la princesa sentándose se soltó los cabellos, que eran de oro puro y Ernesto, que los veía, quedó admirado, y quería arrancarle algunos.

Pero ella dijo:

—Viento, sal, llévate el sombrero de Ernesto y hazle correr hasta que yo me haga las trenzas.

Y se levantó un aire muy fuerte que se llevó el sombrero de Ernesto lo que le obligó a correr tras él por los campos.

Cuando volvió ya se había peinado la joven y se había hecho las trenzas, de manera que no pudo coger ningún cabello. Ernesto se enfadó entonces y no habló con ella; así continuaron cuidando los gansos, hasta que volvieron a casa por la noche.

A la mañana siguiente, al pasar por la puerta sombría, dijo la joven:

—¡Oh, "Alazor", que aquí estás colgado, qué triste suerte la tuya y la mía!

Y "Alazor" contestó:

—¡Oh, princesa, si tu madre supiera esto, se le partiría el corazón de pena!

Al llegar al campo, la princesa volvió a sentarse en el prado y empezó a peinarse los cabellos; Ernesto alargó la mano para cogerlos, pero ella dijo apresurada:

—Viento, sal, llévate el sombrero de Ernesto, y hazle correr hasta que me haga las trenzas.

Y sopló el viento, y se llevó el sombrero e hizo correr a Ernesto; y cuando volvió, hacía rato que se había peinado y no pudo coger ningún pelo, lo cual le enfadó mucho, y siguieron guardando los gansos hasta la noche.

Por la noche, después que llegaron a casa, fué Ernesto a ver al viejo rey, y dijo:

—No quiero guardar más gansos con esta muchacha.

—¿Por qué? — preguntó el Rey.

—Porque me hace rabiar todo el día.

Entonces el Rey mandó que le contase cómo le iba con ella, y Ernesto le dijo:

—Por la mañana, siempre que pasamos con nuestra manada por la puerta sombría, donde está colgada del muro una cabeza de caballo, la muchacha dice:

—¡Oh, "Alazor", que aquí estás colgado!

Y la cabeza responde:

—¡Oh, princesa, si tu madre supiera esto, se le partiría el corazón de pena!

Así siguió contando Ernesto lo que solía pasar en el prado, y cómo tenía que correr detrás de su sombrero.

El viejo Rey le mandó de nuevo a la mañana siguiente, y él también salió y, escondiéndose tras de la puerta, escuchó cómo ella hablaba con la cabeza de "Alazor"; luego la siguió al campo y se escondió tras un arbusto.

Entonces vio cómo la muchacha se sentó y se soltó los cabellos resplandecientes, y cómo al ver que el mozo quería propasarse, dijo:

—Viento, sal, llévate el sombrero de Ernesto, y hazle correr hasta que me haga las trenzas.

Entonces sopló un viento muy fuerte, llevándose el sombrero de Ernesto, que tuvo que correr tras él, y la muchacha se peinó e hizo sus trenzas, y todo lo vió el viejo rey.

Este volvió al palacio sin ser visto, y cuando por la noche vino la muchacha, el rey la llamó aparte, y le preguntó por qué hacía todo eso.

No os lo puedo decir, y tampoco contar mi pena a nadie, porque así lo he jurado ante el cielo; si no, me hubieran matado.

El Rey insistió mucho, y no la dejaba en paz, pero no pudo sacarle nada.

Entonces, enojado, le dijo:

—Si no me quieres decir nana, cuéntale tus penas a esa estufa. Y se marchó.

La joven entró en la estufa, comenzó a quejarse y a llorar, y dijo:

—Aquí estoy abandonada de todos, y, sin embargo, soy princesa. Y una doncella de mi casa me ha traído a viva fuerza; me ha quitado los vestidos regios; ha tomado mi puesto al lado de mi prometido; ha hecho matar a mi caballo, y yo tengo que servir guardando gansos. Si mi madre lo supiera, se le partiría el corazón.

Pero el viejo rey, que era curioso como él solo, estaba fuera al lado de la estufa oyendo lo que decía.

Luego entró de nuevo y le hizo salir de la estufa, mandándole poner regias vestiduras; y así parecía tan hermosa como realmente era: estaba admirable.

El viejo rey llamó a su hijo y le declaró que tenía por esposa a quien no era sino una doncella hipócrita e infame, y que la verdadera princesa era la que había guardado los gansos.

El joven rey se alegró de todo corazón al ver su hermosura y su virtud, porque estaba ya muy harto del mal genio de la que, engañado, había tomado por mujer.

Aquella misma noche dió un gran banquete, al que convidó a muchas personas. A la cabecera estaba sentado el novio, la princesa a su lado, y al otro la doncella, que estaba como ciega y no conocía en su esplendor a la princesa.

Al terminar la fiesta, el viejo rey propuso un acertijo a la doncella para que lo resolviera, preguntándole qué pena merecía la que engañase a su amo del modo que refirió, contando lo sucedido.

Entonces la doncella conoció a su antigua señorita, y llena de terror cayó de rodillas, pidiendo que la perdonasen.

El viejo rey quería matarla; pero la princesa intercedió por ella, y al fin la cambiaron la pena de muerte por la de prisión perpetua.

Al día siguiente se casó el joven rey con su verdadera esposa, y ambos gobernaron el reino muy felices por espacio de largos años.

—¡Oh, Alazor que aquí estás colgado! — exclamó la princesa. — ¡Qué triste suerte la tuya y la mía!.

Ilustró ARISTIDES RECHAIN

LA FALSA MINA DE ORO

Aventura del Cowboy Kid McKeen y de su Caballo Canela

★ ★ ★ ILUSTRO PREMIANI ★ ★ ★



Sonó una detonación. El tiro salió del revólver del cowboy

—¡DIOS mío!

El cowboy Kid McKeen lanzó esta exclamación al dirigirse hacia el árbol de donde había llegado el grito, pidiendo socorro, de la joven Effie, la hermosa hija de Peck, el dueño de Cedar Ranch y patrón del cowboy.

El joven y Effie habían ido a visitar a un viejo piel roja, de la tribu de los siux, a quien conocían, y a llevarle provisiones. Al regreso, se habían apeado, maneando los caballos para ir, por entre las plantas, a recoger moras de zarza. Se hallaban cerca del río del Venado cuando oyeron que relinchaba Canela, el caballo del cowboy. Acudieron inmediatamente a ver lo que pasaba y se encontraron con que Travieso, el caballo de la muchacha, había desaparecido.

—Debe haberse soltado — dijo Effie.

—No lo creo — dijo Kid McKeen mientras quitaba la manea a su caballo. — No es posible. Debe haberlo soltado, para robarlo, alguno de esos indios ladrones que merodean por estas tierras.

Montó a caballo y galopó por entre los árboles, hasta la altura de una cercana colina y desde allí pudo ver a un jinete que llevaba a otro caballo, atado a una cuerda. Casi en seguida, el jinete desapareció detrás de un grupo de pinos.

—¡Adelante, Canela! — gritó el cowboy.

Su espléndido caballo avanzó rápidamente, levantando matas de pasto con sus cascos. Pero cuando ya había comenzado su persecución, el cowboy se dió cuenta de que no llevaba más armas que un tomahawk con mango de cuero. Era un hacha de dimensiones reducidas que el viejo suix le había regalado.

Pasando por un lado del grupo de árboles, Kid McKeen alcanzó a ver al ladrón de caballos y no tardó en reconocer a un pillastre, muy conocido en toda la región y al que llamaban Palo Rojo. Sus hazañas como cuatrero eran muy conocidas en Montana.

—¿Qué es eso? — preguntó Palo Rojo al cowboy. — ¿Por qué está tan apurado?

—Ha cometido un error, Palo Rojo, ¿no es cierto? — dijo el cowboy. — Creo que ese caballo que lleva atado por la soga no le pertenece.

El cuatrero se volvió en su montura y el cowboy vió relucir un revólver en su mano derecha.

—¡Está equivocado, cowboy! — dijo el cuatrero. — Encontrará mayor tranquilidad si se marcha en seguida para alguna otra parte.

Quitarle el caballo robado a un ladrón armado de revólver, parecía algo imposible de realizar, pero Kid McKeen no quería volver al lado de Effie y declarar que había fracasado. No había más que una probabilidad favorable y quiso aprovecharla. Cambió de dirección la marcha de su caballo y galopó paralelamente al ladrón, a unas treinta yardas de distancia. La sogo estaba tirante de la montura de Palo Rojo a la cabeza de Travieso. Constituía un blanco difícil, pero la distancia entre uno y otro caballo era bastante grande y Kid McKeen resolvió hacer la prueba, pensando en contentar a su amiga Effie. En consecuencia y antes de que Palo Rojo pudiera adivinar su intención, arrojó al aire el tomahawk, con toda la fuerza de su brazo derecho.

El revólver de Palo Rojo hizo fuego en aquel mismo momento y la bala agujereó la copa del chambergo del cowboy. Pero la afilada hoja del tomahawk había seccionado la soga que unía a los dos caballos y Travieso, después de tambalearse hacia un lado, se volvió y se lanzó, en rápido galope, hacia donde estaba la muchacha.

Enteramente furioso, Palo Rojo disparó tres tiros contra el cowboy, que se inclinó sobre el cuello de Canela y escapó con la velocidad del viento.

Grande fué la satisfacción de Effie en cuanto supo que Kid McKeen había reconquistado su caballo favorito.

—Los animales ya no corren peligro, — dijo la muchacha. — Creo que debemos llevarlos a beber antes de emprender el regreso — agregó

Se dirigían hacia el río, por entre los árboles, cuando los estremeció un berrido muy fuerte, seguido de un disparo de rifle.

La orilla era alta y estaba llena de espadañas. Kid McKeen se apresuró a adelantarse hacia el río, seguido de Effie. A corta distancia en el río vió una canoa grande tripulada por un inglés novato, llamado Clive Gilbert, a quien conocían porque unos días antes había estado en Cedar Ranch, en busca de provisiones. Acercándose a la canoa, nadaba un venado de gran tamaño, al que Girbert sólo había herido levemente con su disparo.

Arrodillado en la canoa, el inglés apuntó de nuevo, oprimió el disparador de su rifle pero el tiro no salió. El almacén estaba vacío, no había tenido más que un solo cartucho.

—¡Diablo! — exclamó Kid McKeen — ¡El inglés está perdido!

Un venado grande y furioso es uno de los más terribles enemigos que pueden presentarse al hombre en tierras del Far West, casi tan imponente y bravo como un oso de los bosques. El animal nadaba como un caballo, tras de la canoa y llegado un momento, sacudió la cabeza. Los filosos cuernos dieron en la madera de la canoa y la desgarraron como si fuera papel. El inglés novato cayó entonces al agua.

Pudo comprenderse que si Clive Gilbert no podía hacer fuego, en cambio sabía nadar muy bien. Aún cuando estaba vestido de explorador por algún sastre londinense, no tardó en nadar velozmente.

—¡Adelante, inglés! — gritó Kid McKeen — ¡Diríjase a aquella alta roca de la orilla!

Clive Gilbert sólo pensaba en alejarse lo más pronto posible del amenazador venado. No oyó el grito del cowboy y trató de salir del río por un sitio en que la costa era barrosa y estaba llena de juncos. El venado apartó de su paso los restos de la estropeada canoa y nadó en persecución del inglés, resoplando como es característico en los animales de su especie. Cuando el inglés estaba aún en el agua, el venado se acercó a unas pocas yardas del novato, tocó fondo y bajó la cabeza, con el propósito de acometer.

Enteramente desarmado, el joven se sacó del cuello su pañuelo rojo. Aquel inglés estaba perdido como no se distrajera la atención del venado y el cowboy sabía que, igual que los novillos, los venados son atraídos por todo lo que tiene color rojo.

—¡Uh, uh, uh! — gritó.

El venado lo miró y lanzó un extraño silbido al ver el pañuelo rojo. Tropezó entre las plantas y acometió hacia el nuevo enemigo que se le presentaba, olvidando al inglés, por el momento.

El animal avanzó decidido contra el cowboy, mientras Effie y Gilbert le gritaban que tuviera cuidado. El cowboy se retiró, pero al cabo de algunos pasos tropezó en unas matas de pasto y ante la horrorizada joven y el inglés novato, cayó de bruces sobre las espadañas.

Effie se puso muy pálida al pensar que las terribles defensas del venado podían desgarrar el cuerpo de su amigo. Pero en cuanto cayó, Kid McKeen se dió vuelta hacia un lado y los terribles cuernos dieron en las plantas a alguna distancia de su cuerpo.

Llevado por su propio impulso, el venado pasó de largo. Resonó entonces un relincho de furor y Canela, alarmado por la situación en que se hallaba su querido patrón, levantó las patas traseras y aplicó un terrible par de coces al venado, obligándolo a caer de nuevo en el agua del río.

El venado pensó, sin duda, que no le convenía aquello y nadó rápidamente, cruzando la corriente.

—¡Ufa! — exclamó Kid McKeen, levantándose y limpiándose el cieno de su ropa — ¡Te debo una más, Canela!

El inglés se acercó, tendiéndole la mano al cowboy.

—¡Por Júpiter! Yo sí que le debo una cuenta a usted, señor.

—Poco importa mi nombre, inglés — dijo el cowboy. — Llámeme Kid y será suficiente.

—¡Es usted muy valeroso, señor Kid! — dijo Clive Gilbert, sonriendo. Me felicito de haber salvado la vida, aún cuando he perdido todo mi equipaje!

—Es verdad. Ha perdido usted la canoa, el rifle y las provisiones, pero creo que no llevaría dinero en la embarcación.

—¿Dinero? — dijo Clive Gilbert. — Tenía dos mil dólares cuando estuve en Cedar Ranch, pero los he empleado. Soy propietario de la mina de oro Gato Montés.

Kid McKeen y Effie se miraron, intrigados.

—Nunca la oí nombrar — dijo la joven. — Supongo que habrá hecho usted un buen negocio.

—Creo que sí — dijo Clive Gilbert, escurriendo el agua de su ropa. — Supongo que ustedes los del Oeste, opinan que todos los ingleses novatos somos unos tontos, pero yo saqué algunas pepitas de oro del terreno, antes de entregar mi dinero.

Sacó del bolsillo un puñado de pepitas. El cowboy las tomó y las examinó detenidamente.

—¿Quién le vendió esta falsificación? — preguntó luego.

—¿Falsificación? Crea que no comprendo, señor Kid. Es una excelente mina de oro. Se la compré a un hombre muy decente, al que llaman Palo Rojo.

Kid McKeen inclinó la cabeza.

—Me imaginaba algo por el estilo — dijo el cowboy — Pero usted no conoce a Palo Rojo como lo conozco yo, inglés. Comparado con él, un sacacorchos es lo más recto del mundo. Usted ha sido estafado, burlado, engañado.

—¡Dios mío!

—En otras palabras — agregó el joven — ese hombre se dió cuenta de que usted era enteramente novato. Esa mina Gato Montés es algún terreno que ese hombre marcó con las estacas necesarias y en el que "plantó" pepitas antes de que usted se presentara y para que las "encontrara" usted. Pero no son pepitas de oro. Son pedazos de amalgama que parecen oro, pero que son una parta hecha con muy poco oro y gran parte de mercurio.

—¡Dios mío! — repitió Clive Gilbert.

—Monte en ancas de mi caballo, inglés — manifestó Kid McKeen. — Yo también tengo una cuenta que cobrarle a ese pillo.

Volvieron a Cedar Ranch. Allí, Kid McKeen se proveyó de una pistola automática de muchos tiros, se la puso en el cinto, y pidió un caballo prestado para Clive Gilbert.

Partieron los dos, dejando a Effie en el rancho y no tardaron en saber dónde estaba Palo Rojo. Se hallaba jugando el dinero robado en la taberna del fuerte Flecha.

Palo Rojo invitaba con cigarros y bebidas a un grupo de hombres cuando entró el joven cowboy, seguido del inglés.

—¡Usted aquí, canalla! — gritó Clive Gilbert, avanzando —¡Tengo una buena cuenta que arreglar con usted!

Como por arte de magia apareció un revólver en la mano de Palo Rojo. Aquel revólver apuntaba al inglés a quien había estafado el pillastre.

—¡Ja, ja! Los que me hacen frente acaban siempre comidos por las aves de rapiña — dijo Palo Rojo — ¡Ja, ja, ja!...

Sonó una detonación.

El tiro había salido de la pistola automática de Kid McKeen y el revólver saltó de la mano del cuatrero y ladrón.

—¡Oh! — exclamó Palo Rojo. — ¿Es usted, cobarde?

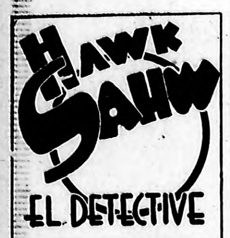
—¡Sí! Soy yo, canalla — replicó Kid McKeen — Entregue usted al señor Clive Gilbert esos dos mil dólares y si no los ha entregado antes de cinco minutos, le haré tragar una píldora de plomo que le será difícil de digerir.

Palo Rojo consideró prudente obedecer y Clive Gilbert contó con verdadera satisfacción los billetes de Banco y se los guardó en el bolsillo.

—¡Bueno! ¡Ya ha pagado usted, estafador! — dijo el cowboy, guardándose la pistola. — Pero antes de regresar al rancho tengo que pagarle a usted algo.

Palo Rojo levantó el brazo y dirigió al cowboy un terrible puñetazo. El puño no encontró más que aire, pues, el cowboy se separó a un lado con la rapidez de un lince. Un momento después, el pillo retrocedía ante un verdadero chaparrón de golpes que le dieron sucesivamente en la cabeza, en el pecho y en las costillas.

Algunos minutos después, cuatro musculosos ciudadanos llevaban al machucado y desmayado cuatrero a su habitación del hotel de la taberna, mientras el cowboy se dirigía al lavatorio para refrescarse y limpiarse.

















LOS CEBOLLITAS Y EL CAPITAN

Dirks









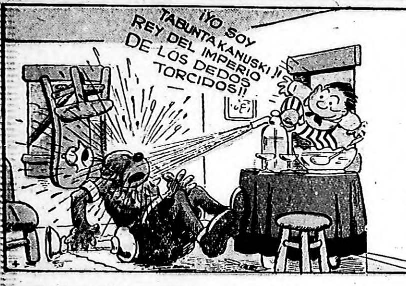










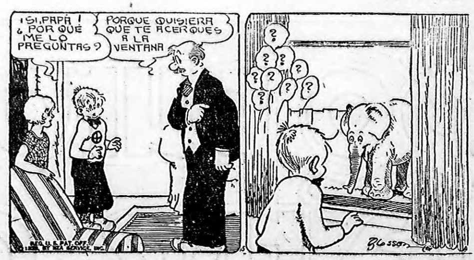






LOS VIAJES DE PICA A TRAVES DEL MUNDO por Blosser





PITUCO EL DESOCUPADO por Crane





FILILA por Brinkerhoff





CHILICOTE Y CINCOGUITAS por Bruce Barr







TUCUTA por J. Carver Pusey









PICHONA CHARABON por Don Flowers





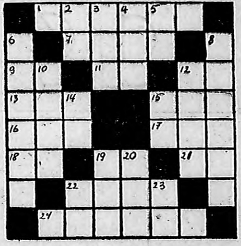




PARA CALENTARSE LA CABEZA

El objeto de esta sección es proporcionar entretenimiento grato a los pibes. Sus problemas son sencillos y tratan de ser interesantes. Las explicaciones y soluciones se publican en el mismo número teniendo en cuenta la natural impaciencia del piberío al que no estaría bien hacerle esperar, ni siquiera un día, para enterarse de si ha dado o no con la solución de cada problema o de cada juego. Bueno es "calentarse la cabeza" un poco, pero sin excesos.

◇ ◇ ◇ ◇ ◇ ◇ ◇ ◇ ◇ ◇



Cruzadas para los pibes

Este problema es fácil, pero para hacerlo más fácil todavía, se publica al pie la correspondiente solución. Pero no la miren antes de haber tratado de encontrarla por sí mismos.

Referencias

Horizontales

1 Personaje de una historieta de JORNADA.
7 Barco, embarcación.
9 Dirigirse a un lugar.
11 Artículo determinado, femenino, singular.
12 Nota musical.
13 Tejido delgado y transparente de seda, algodón, hilo.
15 Astro luminoso que alumbra la tierra.
16 Empleo, utilizo.
17 Nombre turco.
18 Exclamación que denota duda.
19 Pronombre personal, segunda persona del singular.
21 Contracción.
22 Lista de una comida.
24 Personaje de una historieta de JORNADA.

Verticales

2 Artículo indeterminado, masculino, singular.
3 Uno de los materiales con que se hace la mezcla para las construcciones.
4 Fruto de la vid.
5 Infusión.
6 Personaje de una historieta de JORNADA.
8 Personaje de una historieta de JORNADA.
10 Natural de Rusia, femenino.
12 Falta de compañía.
14 Artículo neutro, singular.
15 Iniciales de la parte del continente que habitamos.
19 Posee esto.
20 Junté uno con otro.
22 Iniciales del Ministerio de Agricultura.
23 Antiguo nombre de la nota do.

UN CUADRADO PERFECTO

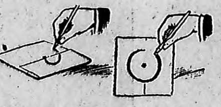
¿Podría usted, con los seis pedazos de papel mostrados en el dibujo, hacer un cuadro perfecto?

Corte los pedazos primero, mézclelos y déselos a un amigo, haciéndole la anterior pregunta.

Cuando se dé por vencido, si es que no logra formar, el cuadrado, aun cuando se haya calentado mucho la cabeza, le puede usted mostrar el dibujito, con lo que se convencerá de que la pregunta tenía respuesta posible y hasta muy rápida.

EL PUNTO Y EL CIRCULO

¿Puede, usted, trazar un círculo con un punto en el centro, sin levantar el lápiz? Esto parece muy dificultoso y si usted le hace esa pregunta a un compañero es fácil que le diga que es imposible. Déjelo pensar un ratito y, luego, con aire de superioridad, podrá indicarle cómo ha de proceder.



Es necesario empezar por doblar el papel, hacer el punto junto a la orilla y describir un semicírculo sobre la parte doblada, hasta llegar a la que no lo está. En seguida se desdobla el papel, sin levantar el lápiz, y se traza un magnífico círculo, en cuyo centro queda el punto apetecido.

El dibujito indica, con claridad meridiana, el modo de proceder.

VEA UD. AHORA LA SOLUCION

CRUZADAS PARA LOS PIBES

Si ustedes han tenido la paciencia de estudiar este problema sencillo de palabras cruzadas, hecho especialmente para los pibes lectores de esta sección, habrán tenido oportunidad de darse cuenta de que figuran en él los nombres de algunos personajes a los que les tienen mucho cariño por los buenos momentos que les hacen pasar. No hemos de mencionar más que al inefable Tucutá y al travieso Ranita para que la sonrisa asome a los labios de todos los lectorcitos, al recuerdo de sus extraordinarias aventuras, que se complementan hoy con su aparición en estos problemas de palabras cruzadas que se ofrecen en esta sección, dedicados, como ya se ha dicho, a los pequeños lectores de este diario. También para ellos hemos de preparar problemas para calentarse la cabeza sin mayor fatiga.

■	T	U	C	U	T	A	■
P	■	N	A	V	E	■	F
I	R	■	L	A	■	S	I
T	U	L	■	■	S	O	L
U	S	O	■	■	A	L	I
C	A	■	T	U	■	A	L
O	■	M	E	N	U	■	A
■	R	A	N	I	T	A	■

QUISICOSAS INTERESANTES

En papiros egipcios de hace 3000 años, se menciona la cerveza, como bebida.

—Existen cuarenta clases distintas de bananas comestibles, en las diferentes partes del mundo.

—En Inglaterra y Estados Unidos, los buques escuelas para guardias marinas, no son a vela, como en el resto de las naciones del mundo.

—En las escuelas de Alemania se utilizan verdaderos esqueletos humanos para demostrar a los alumnos lo que perjudica al cuerpo el sentarse en mala postura.

—En Italia, donde la patente que se paga por tener en casa receptor radiotelefónico es muya cara, sólo hay 200.000 aparatos para una población de ocho millones.

—Según recientes hallazgos en excavaciones, el sistema de encender fuego con chispas de pedernal, y de cortar los pedernales, se conocía en China hace más de un millón de años.

—Tanto en Alemania como en Inglaterra, hay más de 4.000.000 de personas que pagan patente por tener receptor radiotelefónico en su casa.

—Las líneas aéreas de pasajeros condujeron, durante los últimos seis meses del año pasado, a 1.005.241 personas, en Estados Unidos.

—Los más hermosos colmillos de elefante que se han vendido en el mercado de marfil de Londres, tenían dos metros setenta centímetros de largo y pesaban setenta y tres kilos cada uno.

Un jugo puro y fresco de carne cruda



FLUID CARNIS ESTRELLA